

SÁBADO
29 DE JUNIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: ¡VOLVIÓ!

Publicado: 11.47 a. m.

Tate Cora: Hay un taxi en la puerta de la casa. ¿Alguien sabía que iba a volver?

Preston Seaver: ¡¿Qué?! ¿Seguro que es ella?

Tate Cora: La estoy viendo por la ventana. Es ella. No hay duda, es ella.

Charlotte Brock: BORREN ESTO YA.

CAPÍTULO 1

NO HUBO FIESTA EL DÍA que Ruby Fletcher volvió a casa. Tampoco aviso, ni tiempo para prepararnos. No oí la puerta del coche, ni la llave en la cerradura, ni la puerta principal. Fueron los pasos —el sonido familiar sobre el piso de madera, junto a la cocina— lo primero que escuché. Me quedé paralizada frente al fregadero, apreté más fuerte el mango del cuchillo.

Pensé: “No es la gata”.

Contuve la respiración, me quedé muy quieta, muy atenta. Hubo ruidos de arrastrándose por el pasillo, como si estuviera deslizándose contra la pared. Me volví; todavía tenía el cuchillo en la mano, por casualidad con la punta hacia fuera...

Y allí estaba ella, asomada a la cocina. Ruby Fletcher.

Fue ella la que dijo:

—¡Sorpresa!

La que se rio cuando se me cayó el cuchillo al suelo, la que disfrutó al ver mi expresión aturdida. Como si nos faltaran motivos para tener los nervios de punta. Como si no temiéramos que alguien entrara a hurtadillas en nuestras casas. Como si ella no lo supiera.

Me llevó tres segundos encontrar la expresión más adecuada. Me temblaba la mano cuando me la llevé al pecho.

—Ay, Dios mío —dije, para hacer tiempo. Luego, me incliné para levantar el cuchillo y ganar un momento más—. Ruby —agregué, al erguirme.

Se le ensanchó la sonrisa.

—Harper —respondió, alargando cada sílaba.

Lo primero que me llamó la atención fueron los zapatos de tacones bajos en la mano, como si de verdad hubiera querido acercarse a escondidas.

Lo segundo, que llevaba la misma ropa que en la conferencia de prensa del día anterior: pantalón negro y blusa blanca sin mangas, pero sin la chaqueta y con el primer botón desabrochado. Tenía el pelo rubio peinado como en la televisión, pero esta vez parecía más aplastado. Y estaba más corto que la última vez que la vi en persona; le llegaba solo hasta los hombros. El maquillaje corrido bajo los ojos, las mejillas brillantes, las orejas levemente rosadas por el calor.

Se me ocurrió que había salido veinticuatro horas atrás y que no se había cambiado de ropa.

Había equipaje detrás de ella, en el vestíbulo —seguramente, el roce que había oído contra la pared color beige—, un bolso de cuero color café y un maletín a juego. Por la ropa, sería fácil imaginar que estaba yendo a trabajar.

—¿Dónde estuviste? —le pregunté cuando apoyó los zapatos en el suelo.

Justo esa pregunta, de todo lo que podía haberle dicho. Pero tratar de reconstruir la línea de tiempo de Ruby era un hábito profundamente arraigado en mí y que me era muy difícil abandonar.

Llevó la cabeza hacia atrás y rio.

—Yo también te extrañé, Harper. —Evasiva, como siempre.

Era casi mediodía y parecía que aún no se había ido a dormir. Tal vez, había estado con su abogada. Tal vez, había ido a ver a su papá. Tal vez, lo había intentado en algún otro lugar —cualquier otro lugar— antes de venir aquí. Tal vez,

había exprimido al máximo esas primeras veinticuatro horas de libertad.

De pronto, cruzó la habitación en busca de un abrazo inevitable. Todo se desarrolló con un ligero retraso, como si estuviera coreografiado. Su manera de caminar era diferente, los pasos más serenos, más intencionados. Su expresión, también: prudente, cautelosa. Algo nuevo que ella había aprendido o practicado.

Me pareció distinta a la Ruby que yo conocía; todas sus proporciones habían cambiado ligeramente: estaba más delgada, más estilizada; los ojos azules, más grandes y claros de lo que yo recordaba; parecía más alta que la última vez que estuvimos en la misma habitación. O, tal vez, era mi memoria la que había cambiado, la que le suavizó los ángulos, la que la convirtió en algo más pequeño, más frágil, incapaz de las acusaciones que se habían levantado contra ella.

Tal vez, un artificio de la pantalla de televisión o de las fotos de los periódicos la había reducido a dos dimensiones e hizo que olvidara a la verdadera Ruby Fletcher.

Me rodeó con los brazos y, en ese momento, volvió a parecer la misma de siempre.

Apoyó la barbilla angulosa en el espacio entre mi cuello y mi hombro.

—No te asusté, ¿verdad?

Sentí su respiración en el cuello, se me puso la piel de gallina. Empecé a reír cuando retrocedí, fue como un delirio, fuerte e intenso, entre la euforia y el miedo. “Ruby Fletcher. Está aquí”. Como si nada hubiera cambiado. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Inclinó la cabeza hacia un lado mientras yo me secaba las lágrimas.

—Ruby, si hubieras llamado, yo...

¿Qué? ¿Habría planificado un almuerzo? ¿Habría preparado su habitación? ¿Le habría dicho que no viniera?

—La próxima vez lo haré—dijo sonriendo—. Pero eso...
—Señaló mi cara con un gesto—. Valió la pena.

Como si fuera un juego, parte de su plan, y con mi reacción, le hubiera dado toda la información que buscaba.

Se sentó a la mesa de la cocina; yo no tenía idea de cómo seguir, ni siquiera sabía por dónde empezar. Puso un pie debajo de la otra pierna, apoyó un brazo sobre el respaldo de la silla y giró el cuerpo hacia mí, ni se preocupó por disimular el lento escrutinio: primero, los pies descalzos con el esmalte color cereza de las uñas descascarado, después los pantalones cortos de jean deshilachados, luego, la sudadera sin mangas demasiado grande sobre el traje de baño. Sentí que demoraba la mirada en el pelo, ahora de un castaño más claro, trenzado con descuido sobre el hombro.

—Estás exactamente igual —afirmó con una amplia sonrisa.

Pero yo sabía que eso no era cierto. Había dejado de ir a correr por las mañanas y los músculos de mis piernas habían perdido definición, me había dejado crecer el pelo hasta la mitad de la espalda; una transformación opuesta a la de ella. Había pasado el año anterior reevaluando todo lo que creía saber sobre los otros, sobre mí misma. Cuestioné el recorrido que me había traído hasta aquí, la convicción que siempre había tenido a la hora de tomar decisiones, y me preocupaba que, de algún modo, esas dudas se manifestaran en mi comportamiento.

Su mirada me incomodó; me pregunté qué estaría buscando, qué estaría pensando al darse cuenta de que estábamos solas.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

Señalé la comida que estaba sobre la mesa deseando que no me temblara la mano: el queso y las galletas, las fresas en un bol, la sandía que yo estaba cortando.

Se estiró, extendió los brazos sobre la cabeza y entrelazó los dedos: ese crac desagradable de los nudillos que tenía un único objetivo.

—En realidad, no. ¿Interrumpí tus planes? —preguntó, mirando los bocadillos.

Cambié el peso del cuerpo al otro pie.

—Te vi ayer —dije, porque había aprendido de Ruby que responder a una pregunta directa siempre era opcional—. Vi la conferencia de prensa.

Todos la vimos. Sabíamos que iba a suceder, que la iban a liberar, sentíamos cómo iba creciendo la indignación compartida, porque después de lo que habíamos pasado —el juicio, las declaraciones, las pruebas— todo iba a quedar en la nada.

Lo habíamos estado esperando. Hambrientos de información, compartíamos enlaces y actualizábamos el chat de vecinos. Javier Cora había publicado los datos sin contexto y vi los comentarios que aparecieron en rápida sucesión:

Canal 3. Ahora.

Estoy viendo...

Por Dios.

¿Esto es legal?

Por experiencia, sabíamos que no debíamos decir demasiado en los mensajes, pero lo habíamos visto todos. Ruby Fletcher, con la misma ropa que el día de su detención, y una leyenda en la parte inferior de la pantalla mientras ella aparece de pie, en el centro de una multitud de micrófonos: SE PRESUME INOCENTE. Simple, pero eficaz o, tal vez, completamente cierto. El juicio estuvo contaminado, se tachó la investigación de parcial: el veredicto fue desestimado. Si Ruby era inocente, era otro tema muy distinto.

—Ayer —dijo, sin aliento, eufórica, con el rostro vuelto hacia el techo —fue una locura.

Parecía tan equilibrada, tan estoica, en la televisión. Una versión reprimida de la Ruby que yo conocía. Pero mientras hablaba, me había inclinado hacia el televisor. Incluso ahora, ella podía inclinar la gravedad de una habitación a su antojo.

En la transmisión, oí que un periodista le gritaba: “¿Cómo

te sientes, Ruby?” Y ella entornó los ojos con ese encanto tan suyo, conteniendo la sonrisa, y miró de frente a la cámara, a mí, por un segundo, antes de responder: “Estoy ansiosa por seguir con mi vida. Por dejar todo esto atrás.”

Y, sin embargo, veinticuatro horas después, había venido aquí directamente —a la escena del crimen por el que había sido encarcelada—, para enfrentarla.

Lo primero que pidió Ruby fue una cerveza. Faltaba un poco para el mediodía, pero a ella nunca la preocuparon esos asuntos tan mundanos como el qué dirán o la aprobación social. No trató de inventar excusas, como lo habría hecho cualquiera de nosotros —el verano; estar reunidas—, en busca de aceptación o de algún aliado en nuestras pequeñas rebeldías.

Se ubicó delante del refrigerador, dejó que la bañara el aire frío y dijo:

—Ay, por favor, esto está muy bien. —Como si fuera algo que hubiera echado de menos.

Cerró los ojos al inclinar la botella de cerveza, le vi la garganta expuesta y en movimiento. Después, miró el cuchillo sobre el fregadero, los trozos de sandía. Tomó uno y se lo llevó a la boca, masticó con lentitud exagerada, saboreándolo. Un aroma levemente dulce inundó la habitación, y yo imaginé el sabor en mi propia boca cuando ella se relamió.

Me pregunté si esto iba a seguir indefinidamente: cada objeto, cada experiencia, algo inesperado y que se da por sentado. Una locura.

Mi teléfono vibró donde lo había dejado, junto al fregadero. Ninguna de las dos se movió para mirarlo.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en enterarse todos? —preguntó, haciendo una mueca con la comisura de los labios mientras se apoyaba en la mesa. Como si intuyera los mensajes de texto que iban a venir.

No mucho. No aquí. En cuanto la vieran, aparecería en

el chat, si es que no había aparecido ya. Al comprar una casa en el barrio de Hollow's Edge, automáticamente se pasaba a ser miembro de la Comunidad de Vecinos, un grupo oficial, autogestionado, con un consejo directivo elegido que tomaba decisiones sobre nuestro presupuesto, recaudaba la cuota, establecía las reglas y las hacía cumplir.

A partir de allí, se recibía una invitación a unirse a un chat privado, sin control oficial, que al principio se creó con las mejores intenciones. Se convirtió en una bestia diferente después de la muerte de Brandon y Fiona Truett.

—¿Quieres que se enteren? —pregunté. “¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?”.

—Bueno, supongo que en algún momento se darán cuenta. —Se cruzó de piernas—. ¿Siguen todos aquí?

Carraspeé.

—Más o menos.

Los inquilinos se fueron en cuanto pudieron, pero el resto de nosotros no podía vender en ese momento sin sufrir grandes pérdidas. La casa de los Truett, junto a la nuestra, todavía estaba vacía, y Ruby Fletcher, inquilina de larga data, habían sido condenada por los asesinatos. Fue un golpe por partida doble. Tal vez, podríamos habernos recuperado de uno u otro, pero no de ambos.

Tate y Javier Cora, mis vecinos de la izquierda, querían mudarse, pero estaban a dos puertas de la escena del crimen y su agente inmobiliario les había aconsejado que esperaran. Pero hubo otros que fueron desapareciendo lentamente. Un prometido que se fue. Un esposo al que casi se lo dejó de ver.

El cierre del caso trajo muchos otros cierres en el proceso.

—Los Wellman tuvieron al bebé. Un niño —dije.

—Supongo que ya no será tan bebé —sonrió Ruby.

Apreté los labios en un gesto parecido a una sonrisa, sin saber qué decir, ni en qué tono.

—Y Tate está embarazada.

Ruby quedó congelada, con la botella de cerveza a medio camino de la boca.

—Debe de estar insoportable —supuso arqueando una ceja.

Lo estaba, pero no iba a decirle eso a Ruby. Yo siempre intentaba suavizar animosidades, disolver tensiones, un lugar que ocupé durante mucho tiempo en mi propia familia. Pero esta era la conversación más inocua que podíamos tener, así que continué.

—Y la mayor de Charlotte se acaba de graduar, así que vamos a perder a otra más cuando termine el verano. —Estaba llenando el silencio; las palabras salían con demasiada rapidez, casi tropezando unas con otras.

—¿No podríamos votar para que se vaya alguien más en su lugar? —preguntó, y yo reí al imaginar los muchos nombres que propondría Ruby y preguntarme cuál sería el primero de la lista. Chase Colby, probablemente.

Parecía que el tiempo no hubiera pasado. Ruby había sido así: cautivante, impredecible. “Una personalidad hipnótica”, había declarado el fiscal. Como si todos nosotros fuéramos víctimas y, por eso, irrefragables en nuestra lealtad.

Era algo que me repetía a mí misma continuamente, para absolverme. Pero, entonces, entendí por qué ella estaba preguntando por todos, averiguando quién estaba y quién se iba a quedar: Ruby planeaba quedarse.

En realidad, no me había puesto a pensar demasiado adónde iría Ruby cuando la liberaran. No se me hubiera ocurrido que *este* fuera un lugar posible, con todo lo que había pasado. No habíamos hablado desde aquel día en el juzgado, después de que yo testifiqué, y eso casi no contaba: ella se había limitado a decir las palabras “Te debo una” cuando pasé a su lado.

Hice como si no la hubiera escuchado.

Si hubiera tenido que adivinar, tal vez habría pensado que iría a ver a su papá a Florida. O que se refugiaría en la suite

de algún hotel pagado por el equipo de abogados que la había liberado, para trabajar sobre los diferentes aspectos del caso con su abogada. Hubiera pensado que habría optado por desaparecer sin dejar rastros, y que habría aprovechado la oportunidad para resurgir, lejos, como una persona nueva. Como una persona sin historia.

Miré el reloj que estaba sobre el refrigerador y vi que pasaba, arrastrándose, el mediodía; tamborileé sobre el fregadero.

—¿Esperabas compañía? —preguntó. Volvió a mirar la bandeja con los bocadillos.

—Iba a llevar esto a la piscina.—Gran idea —dijo ella—. Echaba de menos la piscina.

Se me revolvió el estómago. Cuántas cosas había echado de menos: el aire frío del refrigerador, la piscina, a mí. ¿Iba a seguir enumerándolas, retorciendo el cuchillo?

—Ya vuelvo —dijo, y se dirigió al baño del pasillo, que estaba al pie de la escalera.

Lavé el cuchillo en cuanto salió de la habitación; apoyado en la superficie, era una provocación implícita. Tomé el teléfono y, rápidamente, miré los mensajes.

De Tate: “¿Por qué no nos dijiste que iba a venir?”.

De Charlotte: “Llámame”.

Así que ya lo sabían.

Los ignoré, pero le mandé un mensaje rápido a Mac, con los dedos temblorosos por los restos de adrenalina: “No vengas”.

No sabía cuánto tiempo pensaba quedarse. El equipaje de Ruby todavía estaba en la entrada de la cocina. Tal vez podría averiguarlo sin tener que preguntar directamente. Quise escuchar si corría el agua en el baño, pero en la casa reinaba un silencio perturbador. Solo el sonido de la gata, Koda, que saltó desde algún mueble en la planta alta, y el canto ahogado de una cigarra en los árboles de atrás, cada vez más sonoro.

Lentamente, abrí la cremallera del bolso más grande y miré el interior. Estaba vacío.

—¿Harper?

Aparté la mano con rapidez y se me enganchó un dedo en la cremallera. La voz de Ruby llegó desde lo alto de la escalera, pero desde donde estaba yo, solo se veía su sombra. No sabía qué podía ver ella desde ese ángulo.

Se dejó ver cuando me alejé de sus maletas; bajó la escalera lentamente, deslizando la mano por la barandilla.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Su voz había cambiado sutilmente, y así lo habían señalado durante la investigación: para algunos era hipnótica, para otros, maliciosa o iracunda. Todo eso junto, cargado en el filo de una navaja. En cualquier caso, llamaba la atención. Una entraba en sintonía fina con lo que Ruby iba a decir.

—¿Sobre qué? —pregunté; sentí los latidos de mi corazón dentro del pecho. Tenía tantas cosas para decirle: “Todos siguen pensando que eres culpable”.

“No sé por qué estás aquí”.

“Me acosté con tu ex”.

—Mis cosas. ¿Dónde están mis cosas, Harper?

—Ah —dije. No había tenido tiempo de explicárselo. No había pensado que podía ser un problema. No había pensado que ella podría esperar algo distinto—. Hablé con tu papá. Después.

Se detuvo en el escalón inferior y arqueó una ceja, con mirada severa.

—¿Y?

Carraspeé.

—Me dijo que las donara. —No es que yo fuera poco compasiva, es que veinte años eran mucho tiempo. Actuaba como si hubiera estado ausente una semana, no catorce meses.

Cerró los ojos un momento e inspiró lentamente. Me pregunté si había aprendido eso tras las rejas. No era así, en absoluto, como Ruby Fletcher solía manejar la frustración.

—¿Vino Mac aquí, de casualidad?

Dios, yo no sabía qué estaba preguntando. Todo lo que decía se enlazaba con algo más.

—Puedo llevarte a la tienda. Para lo que necesites —dije.

Podía comprarle ropa nueva, artículos de tocador. Podía ofrecerle alojamiento en un hotel, darle algo de efectivo, desearle lo mejor. Ojalá no volviera a verla.

Pero ella chasqueó los dedos en el aire, delante de mí.

—Después. —Se inclinó y tomó su bolso, el bolso vacío, y volvió a subir la escalera.

Se me ocurrió que, tal vez, yo estaba siendo testigo de un delito contra mi propiedad. Que ella iba a robarme y que yo iba a ser cómplice, porque así de fácil era volverse cómplice de los deseos de Ruby Fletcher.

No siempre habíamos vivido juntas. Nunca se habló de la situación, pero, pensaba yo, se sobreentendía que iba a ser breve y temporal. Cuando Aidan se fue de casa, cuando el papá de Ruby se jubiló y vendió la suya, surgió como una necesidad del momento, un período en el que las dos necesitábamos una pausa, ver dónde estábamos, entender nuestras circunstancias. Decidir qué queríamos hacer después.

Pero no se fue y tampoco se lo pedí. Parecía que las dos queríamos que se quedara. Habíamos hecho una alianza por conveniencia, aunque fuera para darle de comer a la gata.

Había llegado a acostumbrarme a la soledad desde que ella se fue. Había llegado a valorar mi independencia y mi privacidad, estaba sola por primera vez desde la universidad. Sabiendo que, aquí, todo era mío.

Cuando bajó con mi ropa puesta —el tirante bermellón del top de un traje de baño, asomado bajo mi vestido negro sin mangas— yo no tenía demasiados argumentos con qué discutir; me había deshecho de sus cosas. Era más alta que yo, y ahora más delgada, pero nuestra ropa era de la misma talla en general.

Koda la siguió, enredándose entre sus piernas, la traidora. Al principio, había sido la gata de Aidan; era decididamente antisocial y, al parecer, despreciaba la atención de todos los humanos, con excepción de la de Ruby.

Ruby se ató el pelo en una cola de caballo corta; llevaba una de mis banditas para el pelo en la muñeca.

—¿Tienes unas gafas de sol que no uses? —preguntó.

La miré asombrada. Era como ver un choque automovilístico en cámara lenta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

A modo de respuesta, abrió la gaveta de la mesa de la entrada —el mismo lugar donde siempre guardábamos las llaves, el mismo lugar donde Ruby también guardaba la llave de los Truett cuando llegaba de pasear a su perro—. Por un segundo fugaz, pensé que la estaba buscando; pero, en cambio, tomó la tarjeta electrónica de la piscina, que abría el portón de hierro negro.

—Voy a la piscina. ¿Tú no?

—Ruby —dije en tono de advertencia.

Con los labios apretados, esperó a que yo continuara.

—No creo que sea buena idea en este momento —dije. Seguramente lo sabía. Claro que lo sabía.

Volteó la cara, pero no antes de que yo viera lo que, creí, era un esbozo de sonrisa.

—Estoy quitando la bandita adhesiva —explicó mientras abría la puerta principal.

Pero eso no era del todo cierto. La cárcel había matizado sus metáforas. Estaba coqueteando con el infierno. Estaba derramando vinagre sobre una herida abierta.

Salió descalza; la puerta entreabierta era una invitación que yo no tenía intenciones de aceptar. No a plena luz del día. No en esa calle. No en este barrio.

Ya era bastante malo que ella estuviera aquí, en mi casa.

Pero salí y la vi pasar frente a la casa de los Truett sin

mirar el porche vacío ni las ventanas con las persianas bajas. No vaciló ni cambió el ritmo al pasar frente a la casa donde, supuestamente, entró en plena noche, llevó el perro fuera, encendió el motor del viejo Honda aparcado en el garaje y dejó entreabierta la puerta que comunicaba el garaje con la casa, para que, por la noche, Brandon y Fiona Truett murieran en silencio por intoxicación con monóxido de carbono.

Mi casa estaba en el centro del barrio; seis casas rodeaban el borde de la media luna, que tenía un amplio círculo asfaltado con montículo de hierba en el medio y una serie de árboles que bloqueaban la vista al lago en verano, pero no en invierno.

La piscina estaba en la calle principal, la bordeaba el bosque y tenía vista al lago, y desde cierto punto de vista y con ánimo generoso, podía pasar por una piscina infinita.

A medida que Ruby iba pasando frente a todas las casas, yo imaginaba que las cámaras de seguridad la estaban filmando. Que la estaban vigilando. Que la estaban grabando en segmentos temporales que luego podrían unirse para seguir cada uno de sus movimientos. La casa de los Brock, cuyos videos habían captado un ruido esa noche. La casa de la esquina, de los hermanos Seaver, cuyo timbre con cámara había registrado la silueta encapuchada que pasó caminando, y que tenía mucho más que contar sobre Ruby Fletcher.

Ahora se me había perdido de vista; probablemente, había dejado atrás la casa de los Wellman, cuya cámara la había tomado corriendo a toda velocidad para internarse en el bosque, en dirección al lago.

Yo estaba escuchando el silencio con mucha atención, cuando percibí un movimiento por el rabillo del ojo.

Tate estaba de pie en la entrada de su garaje, mitad dentro, mitad fuera, con los brazos cruzados sobre el estómago. Nuestras casas estaban a pocos metros de ser casas adosadas, con medianeras compartidas. Estábamos prácticamente una junto a la otra. Sentí su mirada clavada en mi perfil.

—No sabía que venía —dije.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —preguntó Tate.

—Todavía no lo sé.

Oficialmente, Tate y Javier Cora no habían visto ni oído nada esa noche. Habían llegado a su casa después de la fiesta de un amigo pasada la medianoche, y no había nada en su cámara. Extraoficialmente, no los sorprendió. Ahora, yo sentía los dientes apretados de ella, pero no sabía si era por enfado o por miedo.

Tate medía un metro y medio; además, era delgada. No supe que ese no era su nombre de pila hasta la investigación. Era el nombre que usaba de soltera, pero ella y Javier se habían conocido en la universidad, donde ella jugaba al *lacrosse*, y en ese entonces todos la llamaban Tate. También él. Todavía llevaba el abundante pelo rubio atado en una cola de caballo alta y una bandana deportiva, como si la fueran a llamar para entrar al campo de juego en cualquier momento. Podía imaginarla. Era capaz de invocar una intensidad que compensaba su tamaño.

Todos conocían a Tate y a Javier como la pareja sociable del barrio. Los fines de semana organizaban parrilladas en su casa y ayudaban al barrio a planificar eventos sociales.

—Haz algo —pidió Tate, abriendo mucho los ojos.

El embarazo la había vuelto menos sociable, más demandante. Pero todos nos habíamos endurecido con el paso del último año y medio. Todos nos habíamos vuelto, a su tiempo, más escépticos, recelosos, impenetrables.

Yo asentí con indiferencia.

Las dos nos quedamos mirando en la dirección por donde se había ido Ruby.

—Chase se va a poner como loco cuando la vea —dijo, antes de meterse en su casa.

Aunque Tate tenía una tendencia a exagerar, esta no era una de esas ocasiones.

Si Chase la veía allí...
Si nadie se lo había advertido antes...
Tomé mis cosas deprisa y fui tras de Ruby.